

testimonio de Mí, se os dirá en el momento lo que debeis decir, porque entónces no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.» (Matth., x.)

Este espíritu de Dios, este maestro, este doctor interior de las almas no falta á su humilde sierva en sus últimos momentos. Condenada á ser quemada viva, la despojan de sus vestiduras y la atan á un poste. Entónces Afra, dichosa con sus tormentos, y detestando sus pecados hasta el fin, exclamó llorosa: «Señor, Dios omnipotente; Jesucristo, que vinisteis á llamar, no á los justos, sino á los pecadores, á la penitencia, y que prometisteis con vuestras palabras infalibles que en cualquier momento en que el pecador se convirtiese le perdonaríais sus pecados, recibid en este momento la satisfacción que os ofrezco por los míos en estos tormentos; y por este fuego temporal que va á consumir mi cuerpo, libradme del fuego que quema el alma y el cuerpo por toda la eternidad.» Ponen fuego á los sarmientos que habían amontonado al redor de ella; la llama la cubre por todas partes, y elevándose hácia el cielo, lleva á él esta bella plegaria de la víctima á quien devora: «Os doy gracias, Señor Jesucristo, por el honor que me concedéis recibíendome como víctima por la gloria de vuestro nombre. Yo uno mi sacrificio al que Vos ofrecisteis en la cruz, muriendo víctima única por el mundo entero, justo, por los injustos; libre de todo pecado, por los pecadores. Yo os ofrezco este sacrificio á Vos, mi Dios, que reinais con el Padre y el Espíritu Santo, en los siglos, *Amen.*» Al pronunciar estas palabras espiró. (*Ruinart et Act. Sanct.*, 5, Aug.) (1).

¡Oh muerte verdaderamente preciosa á los ojos de Dios y admirable á los ojos de los hombres! Que se comparen estas muertes de los heroes del Cristianismo con las muertes de los pretendidos heroes del paganismo, con la muerte de Sócrates y Platon. ¡Qué dife-

(1) Santa Afra no entró sola en el cielo; su madre Hilaria, y sus siervas Digna, Eumenia y Euprepia la siguieron. Apénas los verdugos de Santa Afra se alejaron del lugar donde la habían inmolado, cuando estas santas mujeres se dirigieron á él, acompañadas de sacerdotes, para recoger los preciosos restos. Ellas encontraron enteró el cuerpo de la mártir en medio de las cenizas, y lo trasladaron á un magnífico mausoleo que Hilaria había hecho construir para sí y para su familia. Todavía se encontraban junto al sepulcro, cuando los soldados de Cayo, ante quien se las había acusado, fueron á sorprenderlas y á intimarles que sacrificasen á los dioses, bajo pena de ser quemadas vivas también en el mismo lugar. Esta intimación fué recibida, como debía serlo,

rencia tan grande se encuentra entre unas y otras! Allí se veía el orgullo inmolándose á la desesperación para perderse en ella, y aquí se ve la modestia y la humildad echándose en brazos de la esperanza para reposar en ella. Allí las últimas palabras no eran otra cosa más que blasfemias ó el soplo del odio; y aquí las últimas palabras son una oración, un sacrificio ó el perfume del amor de Dios y del hombre. Allí se veía el sublime de todos los vicios, y aquí se ve el sublime de todas las virtudes. Así, pues, aquellas muertes no eran otra cosa que sombríos y horribles espectáculos, sin otro resultado que el de embrutecer al hombre cada vez más, haciéndole idólatra de sí mismo; mientras que estas muertes son unas escenas patéticas que derraman el consuelo en los corazones, y cuyo resultado es el de elevar al hombre sobre sí mismo, separándole de sí mismo, y uniéndole á Dios. ¡Oh gloria de la religion del Evangelio, que sale tan noble, tan pura y tan fecunda de la confesión de una mujer!

§ XVIII.—Grandes y numerosas conversiones que siguieron al martirio de las mujeres.—Imposibilidad de atribuir á causas puramente humanas el prodigio de su constancia en la confesión de la fe.—Circunstancias especiales de sus martirios, y profunda impresión que hacían en el espíritu de los pueblos.—Parece que Dios había escogido la mujer mártir para dar á conocer la divinidad del Cristianismo con las obras, mientras que los predicadores la daban á conocer con las palabras.—Cualidades sublimes de las mujeres mártires.—Cómo ha sufrido el martirio la mujer.—Jesucristo triunfante por el martirio de la mujer.—Los países idólatras purificados con su sangre.

Ved aquí lo que ha sucedido siempre de resultados de la confesión de la fe hecha por las mujeres mártires de la fe.

con desprecio por unas mujeres cristianas que acababan de tomar nuevas fuerzas y nuevo valor para confesar á Jesucristo en el espectáculo del martirio de Santa Afra, cuyo venerado cuerpo tenían á la vista. Cierran, pues, el sepulcro, dejándolas á ellas dentro, después de haberlo llenado de sarmientos y de ramas secas, á las cuales prendieron fuego, retirándose en seguida. Así estas nobles compañeras de Santa Afra sufrieron el mismo día el mismo martirio, y se encontraron unidas en la misma gloria en el cielo, como sus cuerpos se encontraron sepultados en la misma tumba en la tierra; y Jesucristo recibió en un día cuatro testigos de la virtud y de la verdad de su religion. (*Ruinart et Act.*, 1.)

Tertuliano dice: «Á medida que se nos disminuye, nos hacemos más numerosos. La sangre de los mártires es una semilla fecunda de nuevos cristianos. Muchos de vuestros filósofos han escrito varias exhortaciones para sufrir los tormentos y la muerte; pero las acciones de los cristianos producen más efecto que los discursos de esos filósofos. Esa obstinacion misma que vosotros nos echais en cara, es una instruccion. El que la ve se conmueve, quiere penetrar la causa de ella, se acerca y desea sufrir para reconciliarse con Dios, para comprar con su sangre el perdon de sus pecados.» (*Apologet.*, 50.) Mas esta observacion del gran apologeta se presenta en toda su verdad especialmente en el martirio de las mujeres.

Santa Ines, esa niña de trece años, bella como un querubin y pura como un ángel, condenada á ser deshonrada en un lugar público, convirtió, como hemos visto, aquel lugar infame en santuario de la virginidad, en templo de la fe. En él se entraba libertino, y se salia cristiano. Con el encanto de su inocencia y con el poder de sus exhortaciones convertia en corderos aquella pequeña oveja del Cordero divino á todos los lobos de la lujuria que se aproximaban á ella para arrebatar su pudor. Todos ellos se hicieron discípulos y fueron mártires de Jesucristo.

La jóven virgen Santa Dorotea, amenazada por el prefecto Apri- ción con los más horribles tormentos, á fin de que, como él decia, sirviese de ejemplo á los que no querian sacrificar á los dioses, le respondió: «Yo quiero y deseo con ánsia servir de ejemplo á todos, á fin de que aprendan á no temer más que al verdadero Dios.» En efecto, atormentada en un potro, arrojada á las llamas, lejos de abjurar la fe ó la virginidad, convirtió á sus dos hermanas, que habian sido enviadas para corromperla, y á Teófilo, personaje elevado, que se mofaba de ella, é hizo de ellos tres mártires. Despues de haber presenciado estas maravillas de la fortaleza cristiana, fué cuando los ciudadanos de Cesárea abjuraron en masa el culto de los ídolos.

Las actas del martirio de Santa Blandina, de Lion, nos enseñan que la firmeza admirable y el valor heroico que manifestó en su gloriosa confesion, de que ya hemos hablado, produjeron un gran efecto en los fieles, y aún en los paganos. Muchos de los que habian flaqueado en presencia de los suplicios volvieron espontáneamente á la fe, y los paganos mismos decian: «Supuesto que una

jóven sufre tan horribles tormentos, es indudable que pasa en ella algo de maravilloso, y ese valor procede de Dios.»

La ilustre virgen y mártir Santa Catalina convirtió en cristianos y en mártires, como ya hemos visto, á cuasi todos los filósofos de Alejandria que el emperador Maximiano habia llamado para que disputasen con ella. Confundidos y aterrados, tanto por el prodigio de su ciencia (1) y por la fuerza de razonamientos, como por su constancia en confesar á Jesucristo en medio de los más horribles tormentos, no pudieron hacer otra cosa que confesar, como ella, que Jesucristo era Dios, y morir por Él como ella; lo cual hizo también la esposa misma del Emperador, y Porfirio, general en jefe del ejército imperial; y de resultas del martirio de Santa Catalina, la ciudad de Alejandria se convirtió cuasi en su totalidad al Cristianismo. Lo mismo sucedió en Cartago, despues del martirio de Santa Felicitas y de Santa Perpétua. Despues del martirio de Santa Tecla, que fué célebre por tantos prodigios, se hizo cristiana la ciudad de Antioquia. La sangre de Agata y de Lucía hizo germinar en Sicilia un número prodigioso de adoradores de Jesucristo. En la misma Roma, las conversiones más numerosas en todas las clases se verificaron despues del martirio de las santas vírgenes Ines, Martina, Susana, Cecilia, Anastasia, Rufina, Sabina, Sinforsosa y Felicitas.

Haciendo violencia á la razon, se podia explicar en cierto modo, por el pretendido valor propio de los romanos, el martirio voluntario que sufrieron tantos millares de hombres por la confesion de la fe; pero ¿cómo puede explicarse por razones puramente humanas, ni aún aparentes, el martirio de las mujeres? Se concibe que en un momento de exaltacion, de despecho ó de desesperacion pueda una mujer sacrificarlo todo, aún la misma vida, á una violenta pasion ó á viejas preocupaciones; esto se ha visto algunas veces. Pero no se puede concebir cómo, sin un auxilio sobrenatural y divino, muchos millones de mujeres de todas edades, viudas jóvenes, doncellas jóvenes y aún niñas, hayan podido despreciar cuanto el mundo puede ofrecer de más seductor, y vencer todo cuanto la crueldad

(1) Muchas Universidades la han elegido por su protectora; ésta es la Santa modelo de los verdaderos sabios. Sin embargo, ella no tenia más de diez y ocho años.

humana ha podido inventar de más atroz, para conservar la virginidad de la fe y la fe de la virginidad.

Y ¿cómo sufrieron esas mujeres el destrozo de sus delicados miembros, el hierro y el fuego, y todos esos refinamientos de barbarie, cuyo solo pensamiento hace estremecer de espanto? Sin pretensiones, sin afectacion, sin jactancia y sin orgullo; con la frente serena, la vista modesta, el semblante pacífico, la paz y la alegría en el corazón, y la bendición de Dios y el perdón de sus verdugos en sus labios. Ni una palabra de queja, ni un signo de impaciencia ofuscaban el prodigio de su resignacion, de su constancia y de su intrepidez. Léjos de amedrentarlas los más horribles tormentos, tenían un gran atractivo para ellas. El martirio era para ellas tanto más seductor cuanto más cruel era. No eran ellas unas víctimas á quienes llevaban á inmolar; eran, como hemos visto, unas jóvenes que iban á un convite de bodas, por el que habían suspirado largo tiempo. Los encantos y la gracia realzaban la sublimidad de sus semblantes. La timidez y el pudor embellecian el heroísmo de su valor. Algo de sagrado circundaba sus personas, algo de celestial brillaba en sus semblantes; esto era la doble aureola de la virginidad que ennoblecia el martirio, y el martirio que consagraba la virginidad. ¡La humanidad no habia hecho ni visto una cosa semejante.

Fácil es imaginar la impresion tan profunda que tales espectáculos debian producir en el pueblo que asistia á ellos. Ésta era la admiracion mezclada con el respeto á las víctimas; era la indignacion y el horror á los verdugos; ésta era la estimacion á la religion que obraba tales prodigios; ésta era una predicacion con las obras, más elocuente que toda predicacion hecha con las palabras; ésta era la apología brillante de la verdad de la religion cristiana y de la divinidad de Jesucristo, que entraba por los ojos, pasaba por el entendimiento y se detenia en el corazón.

Muchas veces, sólo con ver á aquellas jóvenes, prodigios de belleza y de inocencia, triunfar de todos los prestigios de la seduccion y de todo el poder de la crueldad; sólo con ver aquellos seres tan débiles y tan delicados cansar la ferocidad de sus verdugos ántes que éstos pudiesen cansar su paciencia, y mostrarse más fuertes para sufrir que los verdugos para atormentarlas, todo un pueblo espectador de estas escenas por este solo hecho se declaraba cristiano.

Los tiranos se indignaban y bramaban de furor; aprisionaban á algunos de los más exaltados, ó, como los llamaban, de los más *fanáticos* y de los más *alborotadores*, y se les daba muerte para intimidar á los demas; pero tenían buen cuidado en quitar de la vista del público á la mártir cristiana que, con sus *sortilegios*, como ellos decian, habia fascinado á la multitud, y le daban muerte en secreto. Pero las impresiones de estas ejecuciones no eran ménos profundas y ménos universales. Así es que, con sólo cortar una cabeza de mujer, millares de hombres iban á ofrecer su cabeza al bautismo y su vida al martirio.

Esto consiste en que el pueblo se deja llevar más fácilmente por el corazón que por el espíritu, por el sentimiento que por el raciocinio, y en que habia en el martirio de las mujeres cierta cosa santamente contagiosa, seductora y atractiva para el sentimiento y para el corazón.

Parecia que Dios habia señalado entónces su mision á cada uno de los que habia elegido para fundar el Cristianismo, y que habia dado al apóstol, al predicador y al apologista el cargo de convencer los entendimientos, y al mártir el de atraer los corazones. Así, pues, mientras que aquéllos explicaban y defendian el Cristianismo con el poder de la palabra, y le hacian admirar áun por los mismos filósofos, éste le hacia triunfar con el prodigio de su constancia y le hacia respetar áun por sus mismos perseguidores. Mientras que aquéllos lo persuadian, éste lo hacia amar; mientras que aquéllos exhibian los títulos auténticos, las credenciales de la religion cristiana, éste las sellaba con su sangre. Pero, lo repito, la mujer mártir era la que cumplia este noble ministerio con más gracia, con más brillo y mejor éxito.

Lo que prueba todavía más esta mision, de que parece que Dios encargó á la mujer en aquella época, de multiplicar el número de los cristianos con su constancia en la confesion de la fe, es que no eligió aquellos testigos sublimes de su religion entre las mujeres del pueblo, sino en las altas clases y entre las mujeres más distinguidas de la sociedad romana. Las más ilustres mártires, cuyos nombres y cuyos hechos, tan honoríficos para el Cristianismo, nos ha conservado la Historia, eran, como ya hemos visto, parientes y sobrinas de los emperadores, hijas, hermanas ó esposas de los cónsules, de los pretores, de los más grandes dignatarios y de los más

elevados personajes del Imperio. Á la nobleza del nacimiento, unian aquellas mujeres, misioneras de la fe, la juventud, la belleza, la gracia, el talento, la ciencia, la grandeza de alma, la dignidad de carácter, las riquezas, etc.; es decir, que Dios unió en sus personas todas las cualidades, todos los dones, todas las ventajas del cuerpo, del entendimiento, del corazón y de la posición social; todo lo que el mundo busca, todo lo que el mundo ama, todo lo que el mundo admira, á fin de que, al ver aquellos nobles seres, aquellas magníficas figuras, aquel bello ideal, aquel perfume de la humanidad despreciando generosamente todas esas ventajas, y prefiriendo á ellas el despojo, el destierro, la prisión, el tormento y la hoguera, por conservar la virginidad de la fe, y la fe de la virginidad, el mundo pagano no pudiese dudar de la fuerza, de la verdad y de la divinidad de la religión cristiana, que les inspiraba un valor y unas virtudes de que el mundo pagano no tenía la menor idea. Porque sólo por una comunicación extraordinaria del espíritu de Dios al hombre, y por su poderosa acción sobre él, puede el hombre elevarse sobre su frágil naturaleza, y aún desaparecer de todo punto, para no dejar ver en él más que á Dios reinando en él, resplandeciendo en él y revelándose por él.

Así, pues, en el cuerpo inocente de la mujer cristiana y mártir es donde, según la expresión de San Pablo, ha sido magnificado Jesucristo por la vida y por la muerte: *Magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam, sive per mortem*. Por el martirio de las mujeres ha brillado el Cristianismo con una luz resplandeciente y pura; el espectáculo de tantos millones de mujeres, despreciando todos los bienes y todas las delicias de la tierra por ganar el cielo, fué lo que principalmente hizo abrir los ojos á los pueblos dormidos por espacio de tantos siglos en el letargo de los deleites del tiempo y del olvido completo de la eternidad. Asistiendo á tales espectáculos, no sólo se oía, sino que se veía reducida á demostraciones sensibles, á hechos palpables, la verdad del dogma, la santidad de la moral y la pureza del culto de la religión cristiana. En presencia del prodigio de la constancia y de la fortaleza de las mujeres en la confesión de Jesucristo, el paganismo, avergonzado de sí mismo, bajó los ojos, rindió las armas y se confesó vencido.

¡Oh gloria de la mujer católica, de la mujer de la Iglesia, en ha-

ber contribuido tanto á la fundación del Catolicismo y á la propagación de la Iglesia!

San Pablo dice que los horribles tormentos á que Jesucristo se sometió, como cabeza, debían ser continuados y completados en su Iglesia, como en su cuerpo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi*. Según estas magníficas palabras, es evidente que, así como la Iglesia y Jesucristo no forman más que un solo cuerpo, como lo ha dicho el mismo apóstol: *Omnes unum corpus efficitur in Christo Jesu*, de la misma manera los padecimientos de Jesucristo y los de la Iglesia no forman más que un solo padecimiento, que tiene los mismos efectos por resultado, y la misma resurrección, la misma inmortalidad y la misma gloria por recompensa: *Si compatimur et conglorificabimur*. En este supuesto, estos sufrimientos de la Iglesia, lo mismo que los sufrimientos de Jesucristo, por la virtud infinita que de ellos reciben, como de su cabeza, tienen un mérito reversible, son expiatorios y purificatorios. Parece, pues, que al permitir Jesucristo la inmolación de tantos millones de cristianos que por el bautismo se habían hecho sus miembros, no sólo quiso hacer sensibles la verdad y la divinidad de su religión, sino también continuar materialmente la expiación pública de ciertos pecados y la purificación de ciertos países, que Él había comenzado y cumplido virtualmente en el Calvario. Yo creo, por consiguiente, que se puede considerar la época magnífica de los mártires como la época de la gran expiación de los crímenes del Imperio romano, y de la purificación de una parte del mundo de las culpas que lo habían manchado. Y supuesto que la mujer representó el papel más grandioso en aquel drama sangriento de tres siglos, es indudable que su gloria fué también la más brillante; que adquirió derecho al reconocimiento de la humanidad por haber contribuido con su carne virginal, y con su sangre la más pura, después de la sangre derramada en el Calvario, á la expiación de los crímenes de nuestros padres idólatras, á la purificación de nuestras comarcas, manchadas por la idolatría, y á hacer reinar en ellas las virtudes más sublimes y la santidad más perfecta.

Esto es lo que sucedió en efecto cuando, cansado el Imperio de su lucha impotente para destruir la religión cristiana, la dejó tranquila, y dió la paz y la libertad á la Iglesia. ¡Cuántas virtudes, ocultas hasta entónces, aparecieron en público, y resplandecieron

en la mujer con una nueva gracia, con un nuevo resplandor, y admiraron y edificaron al mundo! No pudiendo ya ser mártir de la fe, se apresuró la mujer católica á probar su amor á Jesucristo y á la Iglesia, haciéndose voluntariamente mártir de la devocion, de la pobreza, de la abnegacion y de la caridad. Porque derramar la sangre por Jesucristo no es, dice San Jerónimo, el único modo de confesarle; servirle con una vida piadosa é inmaculada es tambien sufrir diariamente por Él un verdadero martirio (1). Al espectáculo de este nuevo martirio, de este mérito, de esta grandeza de la mujer católica vamos á asistir ahora, viendo lo que ella fué en la Iglesia, en la época de los Padres de la Iglesia.

TERCERA ÉPOCA.

LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA, VÍRGEN Ó MADRE, INSTRUYENDO Á LOS PADRES DE LA IGLESIA Y FORMANDO LAS COSTUMBRES CRISTIANAS.

§. XIX.— Los cuatro principales Padres de la Iglesia griega instruidos y auxiliados por las mujeres.— San Atanasio.— San Gregorio de Nacianzo.— Virtudes y muerte de Santa Nona, su madre.— San Basilio.— Santa Amelia, su madre, hace santos á todos sus hijos.— La virgen Santa Macrina, hermana de San Basilio, concurre tambien á santificar á sus hermanos.— Sus virtudes y su muerte celebradas por su hermano, San Gregorio de Niza.

La gloria de la mujer católica no fué ménos brillante en la tercera época de la Iglesia, en que el Cristianismo, saliendo victorioso de la ferocidad de los tiranos por el heroísmo de los mártires, triunfó de la perversidad y de las blasfemias de los herejes por el celo y la ciencia prodigiosa de los Padres. Despues de haber sido probada esta religion santa con el furor de las persecuciones, teniendo que sostener otros combates mucho más terribles en el ter-

(1) « Non solum effusio sanguinis in confessione reputatur, sed devotæ quoque mentis servitus immaculata quotidianum martyrium est. » (*De Laud. S. Paulæ.*)

reno de las doctrinas, suscitó Dios cuasi á un mismo tiempo un número prodigioso de doctores sublimes en todas las partes del mundo cristiano. ¡Grande y sublime espectáculo! En ninguna época de la humanidad se han visto tantos genios superiores como eran los Padres de la Iglesia, que, reuniendo en sí el talento más brillante y la ciencia más profunda y más universal á la virtud más heroica y más perfecta, sin conocerse unos á otros, se hallaron de acuerdo en la misma fe, animados del mismo espíritu y aspirando al mismo fin, que era la destruccion de todos los errores y el triunfo de todas las verdades. Pues bien; esos grandes hombres, á quienes la Iglesia debe la continuacion de sus tradiciones, la defensa de sus dogmas y el maravilloso desarrollo de sus doctrinas, deben mucho á su vez á la fe, á las virtudes, á los ejemplos y á las inspiraciones de las mujeres.

Muchos siglos ántes que un autor pagano hubiera dicho: « Los fuertes y los buenos nacen de los fuertes y de los buenos: *Fortes creantur fortibus et bonis* » (Horat.), la Escritura Santa, en un sentido tanto más sublime cuanto es más sencillo, habia dicho: « La generacion de los hombres rectos será bendecida: *Generatio rectorum benedicetur.* » (*Psal.*) Pues bien, este oráculo divino se cumplió de una manera especial en la época de los Padres. Unas santas mujeres fueron las que regeneraron y formaron á aquellos santos y grandes hombres. Esto se verificó, en primer lugar, con los cuatro principales Padres de la Iglesia griega, San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio y San Juan Crisóstomo.

San Atanasio, esa columna de la Iglesia, ese vengador, ese mártir, ese nuevo evangelista de la divinidad de Jesucristo, fué un presente que su santa madre hizo á la Iglesia, ó más bien, Dios se sirvió de aquella grande cristiana para enriquecer á la Iglesia. Aquella piadosa madre se dijo á si misma: « Yo quiero, con el auxilio de Dios, hacer á mi hijo único el hombre de la Iglesia. » Ella puso los medios para conseguirlo, y lo consiguió.

Ella supo instruirle tan bien en la doctrina católica; ella le inspiró un amor tan tierno á Jesucristo y un celo tan ardiente por su religion, que Atanasio, siendo todavía niño, tenia el aspecto de un pequeño doctor, de un pequeño obispo, hallando su único recreo en imitar las funciones del sacerdote y del obispo entre los niños de su edad. Un solo pasaje nos hará conocer la educacion que este